

- *Religión Digital, BLOG [Por un mundo más humano](#), Fernando Bermúdez*

GUATEMALA, TIERRA DE MÁRTIRES

Multitud de indígenas, campesinos, sindicalistas, estudiantes, profesionales, políticos, gente de Iglesia... fueron asesinados por su compromiso en la construcción de un país más justo, libre y humano.

Pese al propósito del gobierno de Guatemala de llevar al país al olvido de lo que aconteció, los cristianos de reviven y celebran con alegría la memoria de sus mártires, porque su sangre es semilla de una Iglesia viva, profundamente comunitaria y participativa, profética, al lado de los pobres y excluidos, liberadora y misionera, comprometida en ser luz, sal y levadura del Reino en medio de la sociedad.

06.02.2022 | Fernando Bermúdez

Recientemente visité y oré ante el sepulcro de Monseñor Juan Gerardi en la catedral de Guatemala, un pastor defensor incansable de la dignidad de la persona humana, especialmente de los empobrecidos, al frente de la Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado. Gerardi impulsó el proyecto de la Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI), para dignificar a las víctimas del conflicto armado, sanar las heridas de sus familiares y promover la reconciliación y la paz.

En la presentación del informe del REMHI, el 24 de abril de 1998, dijo: “Queremos contribuir a la construcción de un país distinto. Por eso recuperamos la memoria del pueblo. Este camino estuvo y sigue estando lleno de riesgos, pero la construcción del Reino de Dios tiene riesgos y solo son sus constructores aquellos que tienen fuerza para enfrentarlos”.

Dos días después, en la noche del 26 de abril fue brutalmente asesinado. Su muerte nos reta a revivir la memoria histórica del martirio en Guatemala, tierra sagrada, regada con la sangre de multitud de hombres y mujeres que soñaron con “otra Guatemala distinta”.

Multitud de indígenas, campesinos, sindicalistas, estudiantes, profesionales, políticos, gente de Iglesia... fueron asesinados por su compromiso en la construcción de un país más justo, libre y humano.

Me voy a detener en el martirio de aquellos cristianos y cristianas que, desde su fe, se comprometieron por la causa de la justicia, que es la causa de Dios. En la década de los años 70 y 80, los catequistas fueron especialmente buscados y perseguidos por el ejército, la policía judicial y los escuadrones de la muerte debido al liderazgo que ejercen en sus comunidades. Son estos los que han aportado el mayor número de mártires entre los agentes de pastoral. En aquellos años, en muchas regiones del país ya no se podía celebrar la palabra de Dios. La Biblia fue considerada como un libro subversivo, y en verdad lo es porque Dios nos llama a practicar la justicia al lado de los pobres y a vivir como hermanos, sin discriminación alguna. En una realidad de injusticia, desigualdad, discriminación y represión como la que había entonces, la Palabra de Dios se hizo peligrosa para los poderosos y sus fuerzas armadas.

El ejército y la policía constantemente hacían registros en las casas. Si encontraban una Biblia, sobre todo la versión Latinoamericana, no sólo se la llevaban para destruirla sino que acusaban al dueño de la casa de ser comunista y, en muchos casos lo capturaban para eliminarlo. Poseer una Biblia en Guatemala en aquellos años era arriesgar la vida. He aquí un testimonio que recogí en el año 1981:

“Llegan los soldados a nuestra comunidad, registran las casas. En algunas encontraron Biblias, las pisotearon, las rompieron, las quemaron allí mismo, delante de la familia y decían: “Si ustedes siguen con esto los vamos a matar”.

Entonces, algunos, para defender sus vidas, enterraron el libro de la Biblia envuelto en una bolsa plástica, en un lugar escogido dentro de la casa y sobre ese lugar colocaban una vela encendida, “que simboliza la luz de la Palabra de Dios”. Por las noches se juntaban la familia y algunos vecinos, recordando algunas frases bíblicas que le venían a la memoria. Y oraban en torno a ella.

En esa época otros catequistas se vieron en la necesidad de trabajar en forma clandestina, reuniéndose en pequeños grupos para no despertar sospechas y para que “los del gobierno no se den cuenta”. En estas reuniones celebraban la palabra de Dios, la comentaban entre todos y, en ocasiones, participaban de la Sagrada Comunión, “porque en el Cuerpo de Cristo –decía el catequista Nicolás Castro- encontramos la fuerza para resistir y permanecer fieles a Dios”. Hoy, varios de estos catequistas están beatificados.

A lo largo y ancho del país, centenares de catequistas y delegados de la Palabra de Dios, veinte sacerdotes, dos religiosas y un obispo fueron asesinados. Catorce templos fueron convertidos en cuarteles del ejército. Juntamente con El Salvador, Guatemala es el país de América Latina que más mártires ha tenido.

La Conferencia Episcopal de Guatemala, en un comunicado de agosto de 1981 dijo: *“La Iglesia sufre persecución por su fidelidad en cumplir la misión que Cristo le ha confiado de salvar al hombre del pecado y de todas sus consecuencias, anunciando la redención y denunciando con vigor todo lo que se opone a la realización plena, temporal y eterna de todos los hombres...”*

La sangre derramada de nuestros mártires de Guatemala y de toda América Latina revela la fidelidad y esperanza que se esconde en nuestras comunidades cristianas. El martirio abre la perspectiva de la trascendencia, de lo absoluto, y como fruto de fidelidad y esperanza, convoca y anima al compromiso por hacer presente la utopía del reino de Dios. El martirio es signo de resurrección y vida.

Es por eso que los cristianos de Guatemala no olvidan a sus mártires, pese a las pretensiones del gobierno de llevar al país al olvido de la memoria. Los mártires son una luz en el arduo camino del seguimiento de Jesús y una fuerza impulsora para la construcción de una “Guatemala distinta”, como señalaba monseñor Gerardi.

El ejemplo de los mártires es hoy para todos y todas un desafío y un estímulo para continuar con la causa por la que ellos dieron su vida: la construcción de una sociedad justa, fraterna y profundamente humana, que sea signo de la presencia del Reino.

Monseñor Álvaro Ramazzini, hoy cardenal, en la celebración del asesinato del catequista Gonzalo Zacarías, decía:

“Nos llena de alegría, porque sabemos que ellos están en el cielo y porque sabemos que intercederán por nosotros. Nos llena de esperanza, porque sabemos que ese es el destino de los hombres y mujeres que merecen aquella afirmación tan clara y tan profunda del Señor Jesús, cuando dice: Felices los que luchan por la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos. Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”.

Dichosos los cristianos de Guatemala si reviven y celebran con alegría la memoria de sus mártires, porque “la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos”, decía otro mártir, Tertuliano, del siglo III. Ellos siguen interpelándonos e invitándonos a ser fieles a Cristo y hacer una Iglesia viva, profundamente comunitaria y participativa, profética, al lado de los pobres y excluidos, liberadora y misionera, comprometida en ser luz, sal y levadura del Reino en medio de la sociedad.